

SVALBARD: DE FRÍO POLAR

Cuando te encuentres solo escucharás sonidos suaves y tenues. No te preocupes por ellos. Pero cuando dejes de hacerlo sabrás que no estás vivo. El aire gélido no deja huella aunque te haya sondeado sin tan siquiera saberlo.

El pueblo habitado más septentrional de la tierra se encontraba a escasos 1500 kilómetros del Polo Norte. El archipiélago de Svalbard se mostraba como el último bastión humano frente a la indómita naturaleza y las siluetas fotográficas que se sucedían en estos pequeños lugares recreaban una idílica estampa navideña.

Un frío perpetuo reinaba en la pequeña ciudad de Longyearbyen. La llamada noche polar civil se había instalado desde comienzos del mes de noviembre y el trasiego de gente era prácticamente inexistente. La vida se atenuaba en las calles de la capital de Svalbard a determinadas horas. El viento solía ejercer con virulencia su más estrepitosa furia y los páramos cubiertos de nieve convertían estas extensiones en los lugares de recreo de algunas bestias como los osos polares, focas o leones marinos.

La muerte se había marchado de este lugar. Estaba desterrada desde hacía más de sesenta años. El cementerio del pueblo no albergaba ningún nuevo inquilino desde la década de los cincuenta. Estaba situado en la falda de una de las montañas con una única cuerda a modo de vallado y poco más de una veintena de cruces blancas difuminadas por la nieve perenne. Sin nombres o registros a excepción de seis mineros, granjeros y pescadores en otros momentos, fallecidos allá por 1918 a consecuencia de la famosa gripe española. Los últimos coletazos de un lugar donde no había más que silencio entrecortado por agentes atmosféricos extremos. El silencio siempre provocaba ruido. Al menos es lo que me habían transmitido los oriundos del lugar con esta sorprendente paradoja.

Y era precisamente por este motivo, el de los seis mineros, por el que me encontraba en el fin del mundo. Desde que en 1998 nuevas investigaciones descubrieran en los

cuerpos incorruptos de aquellos hombres el virus de la gripe gracias al permafrost, este lugar se había convertido en el paraje de los “no muertos”.

El hotel Mary-Ann’s Polarring se transformó en la base de operaciones desde mi llegada. Un pequeño hotelito de estilo rústico con una grandiosa cristalera en el comedor principal que permitía ver la ciudad iluminada durante las veinticuatro horas del día en esa época del año. Este era uno de sus principales encantos, aunque cada uno de los pequeños detalles con reminiscencias mineras y naturales que se iban sucediendo en pasillos, paredes o espacios comunes hacían que la estancia fuera mucho más acogedora.

Durante mis primeros días en Longyearbyen no había salido prácticamente del hotel. Necesitaba saber que todo el proceso de investigación que haría estaba certificado y perfectamente calculado. Cualquier pequeño fallo podría resultar fatídico. La premisa era sencilla.

Mientras repasaba los últimos documentos que había recibido vía email percibía con claridad cómo la nieve, silenciosa y al mismo tiempo armoniosa, llevaba ya tiempo cayendo sobre la ciudad. Me hipnotizó y durante unos minutos dejé mi tarea de revisión. Blanco sobre tapiz negro. Como si de una película de cine mudo se tratara. Mi fuero interno, tranquilo y pausado al comienzo, se fue agitando sin motivo aparente. Hasta que un latigazo involuntario invadió mi columna vertebral y en un acto reflejo me revolví en el escritorio que estaba junto a la cama.

“Pero, ¿qué demonios?” pensé en voz alta mientras volvía a mí mismo y fijaba de nuevo la vista en la pantalla del portátil. *Influenza virus A, subtipo H1N1*. Estas eran las palabras que se repetían una y otra vez en un informe que no paraba de escudriñar. El motivo de la muerte de los mineros parecía claro; algunas otras cosas, no. Y aquellas palabras recibidas en la bandeja de entrada eran el ejemplo más palpable.

—Lleve el rifle siempre cargado y a mano —me había indicado el recepcionista del hotel cuando me vio pertrechado con aquella indumentaria a la mañana siguiente. La presencia de osos polares en Svalbard superaba al número de habitantes, por lo que el uso de rifles y cualquier otra arma estaban permitidas para salvaguardar la vida.

El momento de poner un pie en la calle fue un auténtico hito. Eran poco más de las diez de la mañana, pero el cielo, de un gris roto y cenizo, parecía reflejar un anochecer eterno. La temperatura, a veinte bajo cero, se adueñaba de mi persona y el frío, silencioso y sin tregua, se iba impregnando en el cuerpo e inundaba mis miembros en un intento conquistador de arrebatarme la vida a base de pequeños espasmos. Un paso... y otro... y otro... Uno más. Las pisadas eran un pequeño reguero delator de mi conducta, pero sabía que aquel primer día a la intemperie determinaría el resto de los acontecimientos. La investigación para la que había sido enviada tenía que recoger muestras claras y contundentes.

Pude alquilar una pequeña furgoneta que me sirvió para manejarme por el pueblo y realizar los desplazamientos en breves periodos de tiempo. La primera parada llevaba marcada en el calendario varios días: el cementerio de Longyearbyen. El viaje no sobrepasó los diez minutos. Era necesario alejarse de la urbe y llegar a las faldas de una imponente montaña helada donde el blanco era el protagonista. Descendí del coche y cogí la mochila donde tenía todo lo necesario para esta primera parada. Mis pies se iban hundiendo en la nieve virgen que nadie había pisado y me obligaba a ejercer más fuerza con cada paso.

El silencio se rompía por el aire polar que golpeaba en las montañas, escapándose de resquicios y provocando silbidos naturales cada cierto tiempo. Pero no me detuve a contemplar estos antojos de la naturaleza. Salté el cordón que delimitaba el cementerio y dejé la mochila a un lado. Con cierto aire pensativo me paseé por las hileras de cruces blancas que se apostaban a ambos lados en la recreación de un pequeño pasillo. En la intersección de los dos maderos solo había una pequeña placa de color oscuro. Me acerqué a una de ellas de forma aleatoria. Lo que en su momento pudo contener el nombre de un difunto ahora no tenía más que alguna ligera señal. Todo lo demás lo había borrado el viento en los años sucesivos. Sería complicado saber con certeza la ubicación de los mineros. Era cierto que los registros de las últimas investigaciones y excavaciones dejaban algunas indicaciones claras para ello, pero nada me aseguraba un cien por cien de acierto. Sin embargo no me iría de allí sin un primer acercamiento.

Volví hacia la mochila y de allí saqué algunos objetos para tomar distintas muestras del terreno. No necesitaba desenterrar a ningún héroe de comienzos del siglo pasado, ni mucho menos. Pero el análisis de algunos elementos naturales de la zona podrían ser un buen punto de partida. El permafrost, la capa de suelo permanentemente congelada, sería un aliado para conocer de primera mano la realidad biológica y orgánica de ese cementerio.

Después de algunas horas pude terminar mi labor y con sumo cuidado deposité en la furgoneta las muestras obtenidas. Algunas iban en envases térmicos para que la cadena de frío no variase así que los guardé en una pequeña nevera con autonomía para mantener la temperatura, mientras que otras simplemente las había conservado en bolsas de plástico precintadas.

No tardé mucho en volver al hotel, a mi campamento base, y desprenderme de las múltiples capas que me habían acompañado en la jornada de la mañana. Eran cerca de las tres de la tarde, pero el cielo estaba completamente cerrado. El gris matutino había dado paso al negro profundo con algunas estrellas pintadas en el firmamento como pequeñas motitas de óleo. Y de nuevo el frío hacía acto de presencia. Tintineaba en los cristales de mi habitación de manera incesante como queriendo entrar en mi cuarto. Corrí las cortinas para no ver nada del exterior... y que nadie del exterior hiciera lo propio.

Me mantuve un tiempo más trabajando. Ni siquiera el hambre me paralizó en aquel fragor laboral. El despliegue científico que había realizado en aquella habitación de hotel podía perturbar cualquier mente y no era para menos. Anduve analizando algunas de las muestras que había tomado y generando informes que debía enviar sin más tardanza. Las muestras de frío seguían seguras en la nevera. Cerca de la hora de la cena, y mientras me encontraba a punto de adjuntar los informes para dar por concluida mi tarea de aquel primer día, se fue la luz.

“Mierda” pensé. “¿De verdad tiene que pasar esto ahora mismo?”

Instintivamente me levanté y fui hacia el baño con la vana ilusión de poder encender el interruptor. Fracaso. La oscuridad solo se rompía por la luz que proyectaba el portátil.

La conexión a Internet se había cortado. Cogí el teléfono móvil, encendí la linterna y salí al pasillo. Otros pocos huéspedes se encontraban en la misma situación. Bajamos hasta la recepción donde habían generado un clima de intimidad con numerosas velas y linternas de mayor potencia que portaban algunos trabajadores. Allí nos dieron algunas indicaciones y lamentaban profundamente lo ocurrido. Su único consuelo era que, desde la cristalera del comedor, se apreciaba que el apagón había afectado a todo el pueblo. Era imposible ver más allá de dos metros y todo se sumía en la más profunda oscuridad. Como si la vida allí no hubiera existido nunca.

Mi resignación por no poder finalizar mi trabajo se vio saciada con una pequeña cena que compartimos con el crepitar de alguna chimenea encendida para la ocasión y el tintineo luminiscente de las velas que conferían al espacio una sensación entre romántica y fantasmagórica. Pero aquellos informes debían salir cuanto antes y llegar al centro de enfermedades infecciosas.

No tardé en cerrar el día en la cama. Un ligero dolor de cabeza me había inundado en las últimas horas y la necesidad de descansar se tornaba fundamental. Ya enviaría de manera inevitable el trabajo a la mañana siguiente. El hecho de que cayera profundamente en la cama me permitía descansar y no enterarme de nada de lo que ocurriese a mi alrededor. Y así fue.

El ajetreo de la mañana siguiente me despertó antes de lo normal. No eran todavía las seis de la mañana cuando cierto trasiego me hizo levantarme de la cama y desperezarme antes de lo deseado. Miré a través de la pequeña ventana de mi cuarto. Oscuridad. Bien era cierto que vislumbraba alguna que otra luz esporádica, lo que me hizo comprender que, seguramente, la luz hubiera vuelto durante el transcurso de la noche. Conecté la fuente de alimentación al portátil y una pequeña luz naranja lo confirmó. Decidí entonces enviar los documentos. Otra cosa hecha. No sabía por qué pero aquella mañana me había levantado con un fuerte dolor en el brazo izquierdo. Alguna mala postura durante el sueño quizás.

Al cabo de poco más de una hora estaba de nuevo en el salón acristalado del hotel. Noté cierto aire de intranquilidad, pero no me reafirmé en ello hasta que un cuchicheo en una

mesa próxima donde me encontraba desayunando hizo que mi estómago se cerrara. *Por lo visto han encontrado removida la tierra del cementerio.* Esas fueron las palabras que habían repiqueteado en mis tímpanos. Un nuevo escalofrío, similar al que había padecido el día anterior se adueñó de mi cuerpo. Dejé a medio tomar el café solo y con la mayor celeridad posible me presenté de nuevo en el cementerio. El tiempo había empeorado y no podía ver mucho más allá pero sí me percaté de un pequeño despliegue de focos, camionetas y media docena de siluetas.

Luchando contra una pequeña ventisca que se estaba empezando a formar llegué hasta el lugar donde las siluetas fueron cobrando formas humanas. Eran investigadores del centro universitario que se ubicaba allí mismo. Muchos jóvenes de toda Europa llegaban a Svalbard para algunos trabajos de investigación, tesis y demás proyectos académicos.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —pregunté sin tan siquiera presentarme.

Solo pude ver los ojos de mi interlocutor que iba pertrechado con una chaqueta de color oscuro con capucha y gorro.

—¿Quién es usted? —quiso saber al momento.

—Vivo en el pueblo —mentí—. He escuchado que han debido hacer alguna broma de mal gusto y he venido a enterarme de lo que sucedía —intenté quitar hierro al asunto y ver la reacción de mi receptor.

—No creo que usted llame broma de mal gusto a eso —me indicó hacia una zona más alejada donde se encontraba el grueso de personas que había vislumbrado hacía un rato.

Me aproximé al lugar. Lentamente. No sabía si quería ver lo que allí había sucedido. El camino, aunque vagamente iluminado, parecía tener vida propia orientándome de manera inexorable hacia aquellas sepulturas. El crujir de la nieve bajo mis pies se hizo eterno. Al llegar al lugar donde varios focos iluminaban con cierta potencia el suelo, mi rostro se desencajó. La tierra, completamente revuelta había dado paso a una zanja de, aproximadamente, dos metros y medio de profundidad.

—¿Han desenterrado algún cadáver? —la sorpresa era mayúscula.

—Hay que informar a Oslo inmediatamente —interrumpió en susurros una joven al hombre con el que había intercambiado algunas palabras—. Es necesario que traigan sanitarios, científicos y que la policía vea esto e investigue. Habrá que cerrar comunicaciones y poner en cuarentena a la población.

—Váyase al hotel —me dijo el hombre— no tiene buena cara.

Lo miré con reticencia. No había comentado en ningún momento que me alojara en el hotel. Al contrario, había mentido diciendo que vivía en el pueblo. Pasé mi mano por el brazo y lo froté repetidas veces para ver si paliaba ese dolor y quemazón que tenía en la zona. Efectivamente, no terminaba de encontrarme bien. Así que con cierta lentitud volví al hotel y descansé todo el día. El cuerpo así me lo pedía.

Habían pasado varios días desde el incidente del cementerio de Longyearbyen y desde el continente habían llegado múltiples agentes, sanitarios y demás personal especializado para investigar lo sucedido. No había podido acercarme de nuevo al camposanto por la vigilancia diaria. No porque no quisiera sino porque mi cuerpo no terminaba de responder. Necesitaba volver allí. No había un motivo aparente si ya estaba en manos de los expertos pero una necesidad imperiosa así me lo indicaba.

Mis dolores musculares no se habían mitigado, al contrario. Iban en aumento y un malestar me iba inundando diariamente. La cabeza me provocaba dolores insoportables y si continuaba así debería empezar a tomar algo para frenarlo o estaría en cama varios días. Y eso era lo último que quería y necesitaba. De ese día no pasaba sin realizar una nueva visita al lugar.

Me enfundé mi equipo. No podía dar un paso en falso. Jugar que aquellos inquilinos invisibles podía ser sumamente peligroso. Me puse las botas, quité de ellas algo de tierra que tenían en la suela y en la lengüeta. Cogí material especializado. Si esa fosa había vuelto a la luz, no quería ser un flanco fácil. Estaba completamente listo cuando un mail entró en el móvil. El remitente, a pesar tener el dominio de las personas para las

que trabajaba, era desconocido. Al abrirlo, una única palabra me descuadró por completo: “Mutación”.

¿Quién me estaba escribiendo y por qué incluía esa palabra? Otro mail acababa de llegar. Nueva apertura: “mutación”. Y otro más. Y siempre con el mismo contenido. Excepto el último. En esta misiva electrónica se adjuntaban algunas fotografías. Mías. ¿Cómo mías? Una sucesión de instantáneas en las que me encontraba en mitad del cementerio, cargando la furgoneta o un gran angular desde el que se podía observar la ventana de mi habitación de hotel. ¿Quién había tomado dichas fotos?

Me agité involuntariamente. Me pesaba el cuerpo y este nuevo acontecimiento me había acelerado el pulso. No podía quedarme más tiempo en la habitación. Había que salir a por ello y dejarlo resuelto cuanto antes.

La noche volvía a ser mortalmente fría. Tomé la furgoneta y en el camino hacia el cementerio la palabra “mutación” se perfilaba como martillo pilón. ¿Habrían obtenido resultados de las muestras enviadas? ¿Qué persona fuera del círculo con el que trabajaba me podía enviar algo así? ¿Y con una única palabra? ¿Quién me estaba siguiendo?

Todas las preguntas me acompañaban sin cesar en el trayecto hacia el cementerio. No lograba concentrarme. Notaba cómo el frío pesaba cada vez más sobre mí. Como una criatura con vida silenciosa. Mi respiración se agitaba al tiempo que apretaba aún más las manos al volante.

Al llegar allí todo estaba en penumbra... todo excepto una pequeña zona de investigación que sí parecía iluminada. Bajé instintivamente y me fui acercando poco a poco. El dolor de cuerpo era cada vez mayor y los espasmos se iban sucediendo paulatinamente. Me enfundé el equipo de protección individual no sin cierta dificultad por las ropas que llevaba. Pero en ese momento era necesario.

Me fui acercando cual Neil Armstrong en su aterrizaje a la luna cuando pude percatarme del mismo hombre con el que había intercambiado palabras la vez que la tierra del cementerio había sido removida. De la misma manera que yo llevaba un equipo de protección individual. Algo se había escapado y podía ser potencialmente

mortal. Paulatinamente se dio la vuelta y me miró. Estábamos en la hilera más alejada de cruces del cementerio.

—Buenas noches —me saludó. No parecía nada alterado. Sin embargo mi corazón parecía salirse del pecho en un repiquetear incesante—. Puede deshacerse del EPI¹, ya no le hace falta. Sería mejor que se lo diera a alguien —dijo mientras jugueteaba con algunos papeles intentando encontrar algo.

Al final consiguió su propósito y extendió su brazo hasta mí con lo que era un pequeño sobre. Miré alternativamente al hombre y a su mano en un intento de escudriñar qué era todo aquello. Al final caí en la tentación. No me había quitado los guantes, pero leí el anverso del sobre: “Mutación”. Mi respiración, acompasada a los ya frenéticos latidos, hacían de mí un simple maniquí. Abrí el sobre:

Virus influenza A. H1N1. Mutación completa. Verificación de nuevas patologías y trascendencia de la misma. Obtención en restos orgánicos preservadores de carga vírica. Periodo de incubación bajo cadena de frío. Potencialmente mortal. Sin cura. Paciente y caso uno infectado. Preservación. Confidencial.

Mis manos temblaban sin establecer en ellas control alguno. El ligero viento que nos envolvía a ambos era el único testigo.

—Como le decía, no necesita su equipo de protección. El mal ya lo lleva dentro —la voz del hombre me sacó de mi aletargamiento y lo miré fijamente a los ojos —por cierto, bonita habitación de hotel— se jactó al tiempo que se frotaba intensamente el brazo tal y como había hecho yo en los días previos. Me habían infectado...

Me temblaban las piernas. No era consciente de si podría aguantar mucho más tiempo de pie. El dolor de cuerpo era cada vez mayor y el estado en el que me encontraba hacía ya incluso que se me nublara la vista.

—¿Usted es de...? —fueron las primeras palabras que conseguí esgrimir.

¹ Equipo de protección individual completo que se utiliza para evitar el contagio de determinadas enfermedades infecciosas.

Él asintió pausadamente.

—Soy el representante de la muerte en la tierra. Con traje y mucho dinero —rió abiertamente ante lo que había considerado una brillante sentencia.

—No podemos jugar a ser Dios... —la frase me costó la vida.

—No todos —sentenció detrás de su máscara de protección.

Terminé por hincar las rodillas en la nieve. No era capaz de mantenerme firme. Había soltado la pequeña nota que jugueteaba con el viento. No podía más. Poco a poco mi cuerpo se iba entumeciendo y mi conciencia era la única lúcida. El incesante pase de imágenes por mi cabeza hacía que mi alteración fuera todavía mayor. No sabía si una incipiente locura se iba a apoderar de mí. Pero la indiferencia de aquel hombre me atormentaba aún más.

—Solo un poco más —advirtió— nunca pensé que esta criatura fuera tan exacta y precisa. Será un auténtico bombazo. En unos minutos usted será nuestro caldo de cultivo. Aunque no le negaré que seguramente ya se haya abierto la veda y los primeros casos estén aflorando en el hotel.

Lo último que pude ver fue cómo se iba alejando poco a poco de mí, pero mis fuerzas habían expirado y mi cuerpo claudicaba paulatinamente. La noche eterna de Svalbard se hizo protagonista en mí.

Al tiempo sentí frío. Mucho frío. No podía moverme y solo mi conciencia volvía a ejercer un punto de luz en mi vida. ¿Qué es lo que había pasado? Las secuencias del cementerio se agolpaban de nuevo como una vaga pesadilla. Pero no podía ser cierto. Era consciente de mi propia existencia y de mi propia enfermedad. Caso uno. Con alto porcentaje de contagio y potencialmente letal.

No estaba vivo. Y estaba bajo tierra. Preservando una enfermedad potencialmente letal como embrión esperando a que su creador lo devuelva a la vida. Sí. Sabía que ya no

vivía. Y tenía la certeza porque ese momento fue el primero en el que todo estaba completamente en silencio.

@bealo_08